

PRÓLOGO

En México, aunque parezca paradójico, la única manifestación del civismo activo está en la Revolución.

LUIS CHÁVEZ OROZCO (1930)

De todos los lemas que se hicieron presentes durante la Revolución Mexicana, fue el maderista de “Sufragio efectivo, no reelección” el que alcanzó a convertirse en oficial del gobierno mexicano. Y es que se trata del detonador de la Revolución, por más que el zapatista-magonista de “Tierra y Libertad” haya alcanzado mucha popularidad, así como el original zapatista de “Libertad, justicia y ley”. Todos encierran, en una fórmula breve, un anhelo colectivo. Acaso los de raigambre zapatista sean más universales porque expresan cuestiones por las que se ha luchado en muchas latitudes y a lo largo de distintas épocas. “Sufragio efectivo, no reelección”, en cambio, es específico, concreto, se refiere a un momento particular, pero al mismo tiempo reclama una universalidad, ya que es una exigencia colectiva, mayoritaria. No pide algo tan general como la libertad o la justicia o el cumplimiento de la ley, sino que se refiere a una ley específica: la de hacer que se cumpla la voluntad mayoritaria expresada en las urnas. La lucha por el sufragio efectivo fue la que hizo levantarse en armas a un pueblo que logró, a la postre, lo que parecía imposible: que Porfirio Díaz renunciara y con ello se desplomara un régimen que aparentaba tener la solidez de la roca. No había tal. La solidez era aparente. La roca estaba carcomida por dentro y sólo el exterior se mostraba en su dimensión de grandiosidad. El año de 1910 es la mejor muestra de que Díaz gobernaba para la opinión pública internacional. Las fiestas del centenario pusieron de manifiesto el orgullo mexicano de mostrar un país lleno de progreso, moderno, bien comunicado por una vasta red ferroviaria y telegráfica. Un país en el que reinaba el orden, vigilado por un ejército bien armado, derrotado meses después por ciudadanos ca-

rentes de instrucción militar o que habían recibido apenas una somera ilustración, pero que a diferencia de los profesionales, tenían voluntad y entereza y no habían sido alcanzados por la corrupción. Los Tratados de Ciudad Juárez acabaron con un mundo de apariencias que había olvidado los sustentos reales de la sociedad.

El reclamo por el sufragio efectivo unificó las opiniones detrás de un líder. Las diferencias vendrían después; los matices se pulirían más adelante. Incluso algo tan delicado como la cuestión de la tierra pasaría a un segundo plano. El esencial era hacer que se respetara lo que se había depositado en las urnas electorales, que se reconociera a quien limpia y legalmente había triunfado en las elecciones de 1910. En los años anteriores, acaso el sufragio había sido efectivo, toda vez que don Nicolás Zúñiga y Miranda, de quien tanto se ha burlado la historiografía, pero que merece el reconocimiento de todos por su civismo, aunque haya sido extravagante, fue un candidato de ultraminoría. Es muy factible el consenso porfiriano, aunado a la ausencia de oposición real. De ahí que hasta antes de 1910 a pocos les preocupara la efectividad del sufragio. Pero cuando se llegó al hartazgo de un régimen cuya caducidad era evidente, entonces sí importó que cada voto fuese debidamente contado y registrado, que la civilidad colectiva impusiera su voluntad y se diera el cambio de gobierno como en los países donde la democracia impera, donde si se trunca un “programa de gobierno” es porque la colectividad lo demanda.

El lema tiene, como se sabe, un complemento: “No reelección”. Cuando se quiere descubrir el hilo negro de la democracia, no ha faltado quien diga que si la mayoría quiere reelección, es antidemocrático impedirlo. La circunstancia concreta lo exigía. Un país de escasez demográfica puede permitirse la reelección, limitada o indefinida; pero un país con abundancia de habitantes debe estar atento al cambio, al relevo de gobernantes. Pero no sólo eso. Durante el siglo XIX las opciones eran drásticas. Si gobernaban los liberales, querían hacer tabla rasa del pasado e ignorar que existían tradiciones e inercias; si gobernaban los conservadores, evitaban a toda costa incluir en su programa todo aquello que implicara destrucción de privilegios, apertura, tolerancia. Incluso las constituciones, en lugar de ser enmendadas, se cambiaban. No enraizó una alternancia de gobierno, sino que se transformaba radicalmente la forma del Estado. Eso impidió, precisamente, que se construyera y

fortaleciera un Estado nacional en México antes de 1867. Después, para consolidarse, el gobierno se hizo de tal manera fuerte, que se fundió al Estado, de modo que era casi imposible deslindar uno de otro. Y ese gobierno fuerte, para no dejar de serlo, encontró la mejor fórmula en la reelección indefinida. Primero Benito Juárez, después Sebastián Lerdo de Tejada y finalmente Porfirio Díaz. Ninguno dio la espalda a la gran tentación: a Juárez, la muerte lo sorprendió en la presidencia; a Lerdo, Porfirio Díaz lo apartó de la reelección, pero al último nadie lo pudo mover de su sitio, hasta 1910, cuando ya era insostenible una reelección más. De ahí la especificidad mexicana de la lucha por la no reelección. Primero Díaz contra Juárez, después el propio Díaz contra Lerdo y poco más de treinta años después, Madero contra Díaz.

La fórmula "Sufragio efectivo, no reelección" es una sentencia fundamental. Un apotegma que no tendría sentido si no expresara una historia concreta en la que la voluntad de las mayorías era conculcada por los intereses de las cúpulas. Con ella y sus anhelos dio principio la Revolución Mexicana. Fue un acto de madurez popular, en el sentido de que el llamado de un líder fue atendido y el pueblo se lanzó a la lucha para reclamar que su voluntad fuera respetada. Así, combinando la exigencia de hacer efectivo el resultado del sufragio e impidiendo que otra vez hubiera reelección.

El problema, sin embargo, no comenzó ni terminó en 1910. No se trató solamente de cambiar Presidente de la República en el año del centenario. La vida pública es dinámica y fue menester renovar y elegir representantes en las cámaras, presidentes municipales y en general autoridades que se identificaran con aquello que las mayorías consideraban justo y necesario.

Hubo algunos que pensaban que las mayorías podían equivocarse, que en México no había aptitud para el ejercicio democrático y que habría que esperar a que las masas maduraran o que estuvieran mejor educadas para que emitieran sufragios con plena conciencia de lo que estaban haciendo. Hubo desconfianza en la intuición popular, en que la colectividad no supiera regir sus propios destinos. De ahí que se ensayaran fórmulas. Que se tratara de imponer candidatos, aunque fueran desconocidos como en 1920, o que la no reelección pasara a un plano secundario, como en 1928. Nuevamente retornó, aunque no habían pasado muchos años, el afán de los grupos gobernantes de no querer ceder el poder a quien lo reclamaba con el apoyo de los sufragantes, es decir, con las

mayorías. Ello propició la rebelión de Agua Prieta y el terror de que más personas corrieran con la misma suerte de Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez. Sin embargo, no faltó quien dejara encendida aunque sea una mínima lámpara libertaria, quien hiciera del civismo un ejercicio real, a pesar de los riesgos y las frustraciones. Es por eso que hubo una campaña tan vital en 1929, cuando una nueva esperanza se hacía sentir en México, cuando otra vez la no reelección había concluido, ahora en el suelo de un restaurante de San Ángel, bajo las notas de *El limoncito*. Parecía una carrera: ¿qué se conculcaría después: el sufragio efectivo o la no reelección?

El lector está ahora frente a quince textos elaborados entre 1890 y 1928 por mexicanos interesados en la democracia. Dentro de ellos, alrededor de la democracia aparecen ideas fundamentales tanto sobre la efectividad del sufragio, y la necesidad de que así fuera, como de la reelección o no de los gobernantes. Lo que después fue convocatoria, lema, y que Madero concretó en cuatro palabras, fue objeto de la reflexión de algunos mexicanos participantes en la vida política nacional antes y durante la Revolución Mexicana. De algunos, las propuestas podrían parecer moderadas, tibias; de otros, incluso reaccionarias. En cambio, salta a la vista el radicalismo de quienes se comprometieron con la democracia más auténtica y profunda. Todo es cuestión de las perspectivas diferentes con las cuales se abordó el problema. Hay, sin embargo, un denominador común, que es la expresión democrática, la necesidad de que llegue al gobierno lo que el pueblo quiere. Aun un personaje tan cercano al alto poder como Francisco Bulnes rompe sus lanzas en favor de algo que esté en concordancia con una voluntad colectiva adecuada a la realidad mexicana. La reelección de un gobernante no puede ser indefinida porque el gobernante mismo puede desaparecer y, al suceder esto, debe haber una previsión, un tránsito a una nueva forma o práctica de gobierno y, desde luego, un mecanismo adecuado que garantice el cambio pacífico, evolutivo. Parece ser que sólo fue escuchada la parte conveniente del discurso de Bulnes, esto es, la que aboga por la nueva reelección de Díaz y no los augurios sobre un futuro, si también inmediato, no tanto como el que se refería a 1904. De ahí que surgieran más reflexiones, más propuestas, algunas de valor permanente, otras más circunstanciales, pero todas interesadas en un fin trascendente para la colectividad mexicana.

Con respecto a los autores, se podría hacer una división simplista entre los del viejo y los del nuevo regímenes, pero no resultaría realmente satisfactoria. Ya se mencionó a Francisco Bulnes, hombre perteneciente al grupo de los Científicos, quien, sin embargo, no calló lo que pensaba que podría pasar cuando Díaz se aproximara a la tumba. Otros hombres del antiguo régimen fueron Emilio Vázquez Gómez y Manuel Calero, y sin embargo, el primero militó sinceramente en el antirreeleccionismo y el segundo fue uno de los primeros mexicanos de la transición al siglo xx que de manera expresa se manifestó en pro de la democracia. Lo mismo podría decirse de Ricardo García Granados, quien tenía tras de sí una experiencia juvenil de oposición al gobierno. Salado Álvarez, por su parte, se ubicaba como miembro de la generación aspirante a suceder a los Científicos, ya que colaboraba con ellos y se identificaba con su posición. El bando revolucionario está representado principalmente por Francisco I. Madero. De igual manera como en los escritores identificados con el porfiriato no existía una identidad de pensamiento, tampoco la había en los revolucionarios. Fueron distintos los afanes de Madero, de Paulino Martínez y David Berlanga. Acaso se identificaba más Félix Palavicini con el "Apóstol de la Democracia" que otros como *Rip-Rip* o Roberto Quirós Martínez, pero a todos los unía el deseo de que en México funcionaran las cosas de tal manera que el sufragio fuera siempre efectivo y que las tentaciones del poder proscibieran siempre los afanes reeleccionistas.

Esta recopilación de folletos *en torno a la democracia*, que da a conocer el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, se suma a un primer volumen publicado en 1989 que recoge ideas de una docena de autores y se abre para fomentar el siempre necesario diálogo del presente con el pasado. De las características de la recopilación, las autoras de la misma dan detalles en el estudio introductorio, así como de los datos tanto de los autores como de los folletos. Este prólogo cumple su propósito de llamar la atención del lector sobre la dimensión del problema del sufragio efectivo y la no reelección, que trataron quince mexicanos desde los años tranquilos del ascenso porfiriano, hasta los convulsos de la Revolución y los inciertos del intento frustrado de la reelección obregonista.

Leerlos en la última década del siglo xx tiene sentido, no obstante uno de los textos ya sea centenario. El problema no ha sido

erradicado. De ahí que haya un cierto ciceronismo en el uso de la historia. Que los pensamientos de ayer iluminen el mañana.

ÁLVARO MATUTE
Cerro de la Estrella, 2 de enero de 1992